

EL CASO DE LA PERIODISTA RECALCITRANTE

La profesión periodística barcelonesa se ha sensibilizado con respecto al caso «Amparo Moreno». Durante su etapa de estudiante de Periodismo en la Escuela Oficial, Amparo Moreno empezó a colaborar en «El Noticiero Universal». De allí pasó a «El Correo Catalán» en calidad de colaboradora, pues aún no disponía del título oficial. Se le pagaban las colaboraciones a tanto la pieza, como los calzoncillos de felpa que nuestras abuelas cosían en casa al arrullo probable de una máquina Singer.

En febrero de 1973, Amparo Moreno acabó la carrera. Solicitó que se la incluyera en plantilla. No tuvo suerte. Es más, contempló cómo sucesivamente se iba normalizando la situación de otros compañeros de «destajo» a medida que obtenían el título. En mayo se le comunicó que, dado que ya tenía el título y como por el momento no se le podía poner en plantilla, porque no entraba en los presupuestos de la empresa, y para que quedara clara su condición de «colaboradora», pasaba a depender directamente del director y el subdirector, sin estar adscrita a ninguna sección determinada.

A pesar de este comunicado, la «colaboradora» siguió acudiendo cada día a la Redacción, donde disponía de una mesa de trabajo, según testifican algunos de sus compañeros, dispuestos a llevar sus justificaciones incluso ante Magistratura. En efecto, Amparo Moreno prosiguió tomando posesión de su mesa hasta que vio que se producían nuevas vacantes y que no se le llamaba para cubrir las. Cualquier lector de los diarios donde la aludida ha colocado sus piezas de confección informativa sabe que hablamos de uno de los profesionales más prometedores del periodismo barcelonés, por lo que no vale en este caso la legítima explicación de que Amparo Moreno no era apta para estas tareas.

El 23 de octubre se le comunicó que le publicarían la última pieza entregada, pero sería la última. El caso estallaba, y días después era incluido en el orden del día de una Junta General de la Asociación de la Prensa. Se toma el acuerdo de facilitarle asistencia jurídica, y el presidente, don Santiago Nadal, se compromete a realizar una gestión personal para arreglar el asunto con la empresa. Al parecer, las gestiones del señor Nadal fueron tan estériles como el apoyo que Amparo Moreno encontró entre la mayor parte de sus compañeros de trabajo. La empresa se manifestaba cerrada a cal y canto ante el tema.

El 22 de noviembre se produjo un paro en la Redacción de «El Correo Catalán». El día 23, una comisión de la Redacción se entrevistó con el gerente. El 28 se celebró una reunión entre los jefes de sección y el Consejo de Administración. Tras esta reunión en la cumbre se ofrece a la periodista una salida. La siguiente: que siga colaborando a tanto la pieza hasta junio, y entonces la empresa decidirá qué hacer con ella. Requisito indispensable para que se ponga en marcha esta operación «última prueba» es que Amparo Moreno retire su denuncia ante Magistratura del Trabajo y firme un contrato en el que se explicitará su condición de «colaboradora».

La periodista rechazó la propuesta, y todos los lectores que lo deseen están invitados, sin compromiso, al juicio que se celebrará el 15 de enero en Magistratura del Trabajo de Barcelona. El caso invita a la reflexión sobre algunos ingredientes que tal vez den luz sobre sus motivaciones:

1.º Amparo Moreno es una mujer, y en las Redacciones de los periódicos suele contemplarse esta anomalía fisiológica con un cierto retintín.

2.º Amparo Moreno está en avanzado estado de gestación, y los empresarios, caballeros al fin y al cabo, tal vez se resistan a tolerar que una señora preñada trabaje.

3.º Sólo en Barcelona ya hay 17 titulados de Periodismo trabajando en periódicos como redactores y sin haber conseguido las mieles de figurar en plantilla.

4.º Unos treinta estudiantes trabajan como redactores, cobran menos que los redactores (que no es que cobren mucho) y tampoco figuran en plantilla.

El caso concreto lleva, pues, en sí mismo una larga y ancha problemática profesional, que implica desde el general tema de la desigualdad laboral de la mujer, hasta el concretísimo de la fijación de plantillas en empresas periodísticas. Fijación y racionalización, para adaptarse a las necesidades de un periodismo moderno. Mientras se predica el «neomalthusianismo» de la catástrofe que ocurrirá el día en que salgan de las Facultades centenares, miles, de profesionales de la información sin posibles puestos de trabajo, se olvida que siguen sin resolverse los problemas concretos de profesionales actuales, puestos de trabajo actuales y normas en este sentido que tal vez ayuden a clarificar y prevenir los problemas futuros. ■

M. V. M.

La Capilla Sixtina

1974

Está Madrid nervioso. Yo vivo en Madrid. Yo estoy nervioso. No tengo el culo a gusto en ningún asiento. Ni los pies en ningún lugar. Cambio de sillas. Cambio de calles. Me dejo los chatos de vino sin acabar. Tiro los cigarrillos a medio consumir. Cuando me guiso un arroz, lo dejo medio crudo. Empaño la carne sin huevo. Sólo miro una de las dos pantorrillas de las señoras que caminan ante mí.

Y no sabría decir si es por lo que ha pasado o por lo que puede pasar. Es algo menos delimitable. Es como ese estado en el que te deja un olor. Un ruido. O tal vez no oler ni oír lo esperado. Es como si sobre esta ciudad hubieran colocado una campana de cristal y todos estuviéramos haciendo un experimento para probar algo que no sé qué es. A veces sospecho que se trata de un misterioso proceso de transustanciación, y que cuando todo acabe yo seré un cactus del parque del Oeste; Marco Antonio Alfonso, una pulga vestida mexicana; Encarna, un zepelín conservado en el Museo del Hombre, de Avignon...

Bajo al piso de Encarna. Recorro todos sus asientos. Alterno el sí y el no para dar respuesta a sus preguntas. Me voy. Vuelvo.

—¿Y qué le pasa a usted?

—No estoy a gusto.

—Pues váyase a otra parte.

—Tampoco estaré a gusto.

—Pues muérase.

—Es lo peor que puede pasar-me.

Y me voy porque Encarna también está nerviosa, aunque ella no quiera reconocerlo. Y está nervioso el cura Aguirre cuando me lo encuentro, de pronto, en la glorieta de Quevedo. El cura Aguirre me dice que hoy llevo muy mal el disfraz de Sixto Cámara.

—Llevas la corbata centrada, y eso no te va. Además, no te veo ninguna mancha en el jersey. No eres el que eras.

—Es que estoy nervioso.

—Otro dato. Sixto Cámara no puede estar nervioso.

—A ver si se va usted a saber el personaje mejor que yo.

—Hoy no parece Sixto Cámara. Hoy parece Eduardo Chamorro.

Estaba metomentodo el cura. Así es que le dije que me iba a leer un poco de Walter Benjamin y un poco de Cioran, por partes iguales, y le dejé plantado mientras él seguía contemplando críticamente el comportamiento del ser humano. Yo me metí en la taberna más propicia que encontré. Observé rápidamente que la ensaladilla tenía remolacha, y me apunté. Ya es un milagro que los tasqueros de la ciudad conserven la imaginación suficiente como para meter remolacha en la ensaladilla.

—Menos mal que mete usted remolacha en la ensaladilla.

—¿Es que no le gusta?

—Sí, mucho.

—Es que si no le gusta, con no comerla ya está. Conmigo cumple marchándose.

—Me gusta.

—Mejor para usted.

—Y para usted.

—A mí, olvideme.

Y se puso a limpiar vasos con velocidad de electrodoméstico. Yo estaba sulfúrico, pero me contuve. Me tomé dos raciones de ensaladilla con remolacha. Aquello me calmó. Desde el estómago subió al cerebro la llamada de la reflexión. "¿Por qué estás nervioso, Sixto?". Y una voz profunda, que venía de los pliegues más sensibles de mi conciencia, me respondió: "Se vive solamente una vez". Paseé las calles dispuesto a aceptar que cada paso era necesario, y hablaba conmigo mismo, en voz alta, para delicia de mis compañeros de andadura, que se sonreían o hacían señas.

—Lo que me enerva es que nada depende de mí. Que me han dejado en una situación tal, que he de esperar a que me den el plato histórico, como los mendigos esperan la sopa boba.

—¿Está usted enfermo, señor? —me ha preguntado un anciano de los de antes de las elecciones municipales de 1973.

—No. Es que me quejo.

—¿De qué se queja usted?

—Del año que se nos viene encima. ■

SIXTO CAMARA